

# LAS ARTES EN EL MUSEO LAZARO GALDIANO

CON una generosidad sin precedentes el ilustre prócer don José Lázaro Galdiano legaba, en 1947, por disposición testamentaria, todos sus bienes al Estado español. Y este Estado, en lugar de dispersar por Museos y Fundaciones de distinta índole la complejidad de este legado, lo reunía en una Institución cuya finalidad fuera exponer dignamente sus extraordinarias colecciones, abrir la selecta biblioteca y fomentar y promover vocaciones y estudios de arte en nuestra Patria. Y así surgió la Fundación Lázaro Galdiano, cuyo primer hecho público ha sido la inauguración del Museo, realizada solemnemente el día 27 de enero de este año por el Jefe del Estado español, Generalísimo Francisco Franco.

Es difícil concretar en un artículo la maravillosa variedad de este conjunto, la selección de sus series y la eminencia de las obras que las representan. Como atributo general de todas ellas podemos señalar su calidad siempre cimera y la pura belleza que las ha inspirado. Ni preocupaciones arqueológicas ni historicistas han presidido su selección.

Comencemos por las artes en las que este Museo puede colaborar con mayores esclarecimientos. El conjunto de los marfiles presenta tal variedad que desde el siglo IV al siglo XVIII puede decirse que está representada toda su evolución por ejemplares cumbres. Comienza la serie por un marfil muy raro, pagano, alejandrino de época constantiniana. Entre los bizantinos, una arqueta magnífica, análoga en todo, excepto en las medidas, a la de Veroli, del Museo Victoria y Alberto, de Londres; de talla turgen-te y temas báquidos, pieza eminente de finales del siglo X, con típica decoración de rosetas. Varios botes y arquetas musulmanes sículo-españoles. Y ya dentro de la Edad Media occidental, el despliegue es deslumbrador y contribuye a alterar la cronología y la sucesión de estilos aceptada desde Koechlin para el marfil francés. Preside la serie una imagen de la Virgen de hacia 1115, absolutamente excepcional. Con un hieratismo dulcificado por la gracia de la talla, la delicadeza exquisita y exótica del rostro, la rítmica armonía de los ropajes dispuestos en revolantes y caligráficas lineaciones y la concepción total del volumen en simétrica frontalidad, permiten situarla estilísticamente en la escuela borgoñona, no lejos del arte de Vezelay.

Se suceden después las imágenes góticas de talleres parisinos. La obra cumbre de la eboraria gótica francesa del siglo XIV, por su gran tamaño y hermosura, es una Virgen aquí expuesta. En su refinamiento conserva una gran serenidad. Muestra una belleza sin afectación y una gracia sin decadentismo. Una sensación de pureza, de alegría y de íntima felicidad emana de esta escultura maravillosamente tallada. Otras seis de tamaño menor la acompañan, todas ellas del siglo XIV con esa gracia afectada y exquisita, con ese refinamiento que las curva y las llena de inefable ternura. A su lado se encuentra una serie de dípticos, también de escuela de París y del siglo XIV. Las escenas evangélicas se hallan trabajadas con vivacidad y dramatismo, pero emergiendo siempre esa alada elegancia tan típica de esta escuela y momento. Se completan por otros marfiles profanos de tema erótico, por la Copa de las artes y por tres trípticos italianos de gran rareza. Singularmente, uno de ellos es de la mayor fluidez y delicadeza de talla, con las figuras con un canon de esbeltez que las espiritualiza.

Como marfiles del Renacimiento señalemos la polvorera del Emperador Maximiliano, la jarra del Emperador Carlos V, obra preciosa de la eboraria de Augsburgo. Arcas renacientes de Venecia, polvoreras francesas y alemanas, botes barrocos franceses de gran morbidez de talla. Y como anécdota, los silbatos de casa de Enrique IV de Francia.

Una importancia semejante presenta la serie de esmaltes. Aquí, el conjunto de esmaltería bizantina, podemos calificarlo de excepcional. Procedentes de Georgia, de la Colección Botkine de Rusia, hay una serie de esmaltes alveolados sobre oro, de una brillantez de color, de una arrebatada espiritualidad de expresión y de una técnica tan refinada, que señalan el punto más álgido de este arte. En la Edad Media francesa, los esmaltes excavados de Limoges nos muestran piezas selectas de estos talleres en arquetas, tapas de Evangeliarios, báculos, píxides, gemellones, candeleros, cálices, ostensorios y placas de frontal de la mayor belleza. Destaquemos un Lignum Crucis, del siglo XIII, adquirido a los Soviets. La serie de esmaltes pintados, también de escuela de Limoges, es muy completa. Los principales nombres de esta técnica—los Limousin, los Penicaud, los Courtois, Pierre Raymond—se hallan expuestos, algunos de ellos por piezas tan famosas como el tríptico Morgan.

La orfebrería medieval se exhibe en varias vitrinas que comprenden obras muy representativas del arte alemán, francés, español. Cálices, custodias, relicarios, imágenes de metales preciosos, permiten formar una idea bastante completa de la orfebrería gótica europea. Señalemos como uno de los ejemplares más publicados la Copa donada por Corvino en 1462 al Ayuntamiento de Wienerneustadt. También son de gran visualidad los bustos relicarios. Piezas famosas, como el vaso de oro donado por el Archiduque Alberto a Ambrosio de Spínola cuando la rendición de Breda. Y un conjunto selectísimo de piezas de cristal de roca. Así, una gran copa alemana del siglo XV, varias renacentistas, la gran copa con oro y esmaltes del Emperador Rodolfo II, tallada en Milán por el taller de los Sarachi, y la jarra y bandeja, espléndidas, de análoga factura, que pertenecieron a los reyes de Sajonia. A estas piezas hay que agregar otras de ágata, con las más bellas monturas del Renacimiento.

El conjunto que quizá impresiona más a los visitantes es el formado por las joyas. Todas las épocas y estilos están representados. En una vitrina se exponen joyas antiguas prerromanas, griegas—se destacan cinco collares y el célebre flautista de oro—y romanas. Como joyas medievales señalemos varios broches y fíbulas visigodos, ajorcas y collar árabes, cinco broches de capa pluvial del siglo XV y algunos cinturones góticos con esmaltes translúcidos. Las joyas renacentistas muestran la mayor significación por su delicadeza, pompa de color y refinamiento. Colgantes, collares, pendientes, anillos, todas las formas de la joya italiana y alemana del siglo XVI, destacándose los pendientes de los Sforza, por Benvenuto Cellini y el collar del gran Duque de Alba, por Caradoso. Estas joyas proceden de la Colección de Alice Rothschild. Las joyas barrocas son, en su mayor parte, españolas. Son más severas, sin los deslumbramientos coloristas del esmalte renaciente, con el acento estético puesto en la dedicación, casi siempre religiosa, de estas pie-

POR

JOSE CAMON AZNAR  
DIRECTOR-DELEGADO DE LA FUNDACION

zas. La joyería romántica se reúne en una vitrina de gran poesía, con preciosas muestras de estuches, carnets de baile, esencieros, broches, todo ello primorosamente cincelado y esmaltado.

Dos salas italianas muestran un armonioso conjunto de obras renacentistas, que vienen a llenar un hueco en nuestros museos. Muebles florentinos, como el gran *cassone* y la silla de los Médici. Escultura como el relieve de Agustino de Duccio y el busto del Salvador, concreto y agudo, del Verrochio. Un extraordinario conjunto por su número y calidad de pequeños bronce. Este aspecto del arte italiano aparece aquí representado por obras preciosas de Riccio, de Alessandro Vitoria, de Juan de Bolonia, de Santa Agata, del Antico, de Bertoldo, de Leoni... Y como pieza príncipe de estas Salas la pintura de San Juan, por Leonardo de Vinci, hasta ahora casi inédita. En ninguna otra obra como en ésta podemos apreciar el penetrante misterio, la belleza pura, ese embeleso intelectual que baña las mejores creaciones del artista genial. Puede fecharse hacia el 1480, anterior a la etapa claroscurista que inicia con la Virgen de las Rocas del Louvre.

Tenemos que mencionar también la serie de placas renacentistas de bronce, entre ellas cinco de Benvenuto Cellini en el arte sutil y dinámico de este orfebre, y cuatro de Moderno.

La cerámica de Manises no muestra ejemplares numerosos pero sí selectos. Como bronce medievales hay varios aguamaniles y candeleros de los célebres talleres de Dinant.

La copa de vidrio de esmaltado de mezquita es pieza rara del taller de El Cairo, del tránsito del siglo XIV al XV, y la gran copa persa de bronce es también obra muy rara, firmada por Mahmud el Kurdo, en Venecia, a comienzos del siglo XVI.

La colección de pinturas es bastante completa, ocupando dos plantas del palacio. Las escuelas españolas del siglo XV se exponen aquí con una tal variedad y riqueza, que permiten seguir la evolución de la pintura gótica en su final. Tablas de escuela castellana—de Segovia, de Valladolid, el célebre tríptico del Maestro de Avila, de técnica perfecta, con dibujo preciso y coloración esmaltada—, de escuela aragonesa—mencionaremos la Virgen de Mosen Sparandeu, de donde arrancan todas las Vírgenes sedentes aragonesas del siglo XV, y las tablas de Juan de la Abadía y del Maestro de Alfajarín—, de escuela navarra y de escuela valenciana. De esta región este Museo muestra, como una de sus obras maestras, la gran tabla del Maestro de Perea. La personalidad del maestro palentino Bartolomé del Castro, sólo en este Museo puede estudiarse en su plenitud. Y ya dentro de la pintura renacentista española mencionemos el autorretrato de Berenguete, las tablas del Maestro de Astorga, del Maestro de Cabanyes y la Virgen de Cristóbal Colón, con el retrato orante del descubridor, vestido de almirante, tutelado por San Cristóbal y con la fachada de Santo Domingo a medio construir. Será de hacia 1530-40.

A la pintura flamenca se dedican dos salas por la importancia y selección de las obras aquí reunidas de esta escuela. Comencemos por señalar una tabla atribuida a Huberto Van Eyck, con la delicadeza, el primer objetivo y la brillantez de color de este taller tan enigmático. Varias tablas cercanas a Memmling y a Dierik Bouts, un gran tríptico de Quintín Metsis, otro de Gossaert, en maravilloso estado de conservación, brillante, expresivo, con acerados y violentos rasgos, varias tablas atribuibles a Isebrandt, con toda la poética atmósfera de las Vírgenes de este pintor, obras del Maestro de las Medias figuras.

Del Bosco se exponen dos obras. Una de ellas puede calificarse como una de sus pinturas maestras. El San Juan en Patmos, monumental, humano, con grandeza apocalíptica y pintado con las calidades más tersas. Y la Visión, de Tondal, cuadro de diablerías y caprichos dentro de la desenfadada imaginación de este artista. De Lucas Cranach hay dos tablas, con ese sentido plástico tan agudo que le caracteriza. Y una preciosa Virgen, de Alberto Durer, de tintas fragantes. Las alas de un gran tríptico de Martín de Vos, con una muestra del arte de este pintor, con el que se extingue el Renacimiento flamenco.

La escuela española de retratistas de la Corte comienza por un retrato de Juan III de Portugal, pintado por Moro. El retrato de Ana de Austria, por Sánchez Coello, y un precioso retrato de dama, en rojo, que es uno de los más bellos lienzos de esta escuela. A Pantoja se atribuye el retrato de la Duquesa de Saboya, a Felipe de Liaño, el de Felipe III, joven, y a Villandrado, el de una dama de rico atuendo en bellos grises. Las piezas expuestas del Greco son muy importantes para conocer las etapas primeras de este pintor. Singularmente, una Adoración de los Magos, de época veneciana, de pincelada suelta y coloración áurea y fúlgida. Un San Francisco, de tipo Expolio, y otras obras de su taller, completan su arte aquí realizado por un soberbio cuadro de su hijo, de Jorge Manuel. De Velázquez, citemos el retrato del poeta Góngora, pintado en 1622, con una delgada capa de color, pero modelado con todas las fluencias de tono, y el exquisito de su mujer, Doña Juana Pacheco, en pequeño formato, pero seguro y amplio de pincelada, ejecutado con frescura de boceto. Zurbarán está representado por tres lienzos con ese arte grave, varonil, de plástica firmeza, del maestro extremeño. Y de la escuela madrileña, el conjunto es selectísimo. Lenzos de Mazo, de Carreño—señalemos el retrato de dama en gama de platas, negros y rosas—de Antolínez—su obra maestra es la Inmaculada aquí expuesta—de Mateo Cerezo, de Pereda, de Claudio Coello. Tenemos que destacar la obra de este último, la Comunión de Santa Teresa, uno de sus lienzos más aparatosos y profundos, con densidad de calidades y escenografía barroca. De Ribera hay dos lienzos muy típicos. Y de la escuela andaluza, anotemos varios de Murillo, de Valdés Leal y de Herrera el Viejo.

La escuela holandesa se halla representada por obras de Van Berghem, de Dou, de Netscher, de Delen, de Heem, de Van Som, de Cuyp, de Mieris, de Hobbema. El paisaje firmado por este maestro es de los más expresivos de su arte, con una luz dorada y crasa. Y centrando la sala se encuentra el retrato de Saskia, por Rembrandt, firmado y fechado en 1634. El arte del gran maestro holandés parece aquí en ese feliz momento de su vida, en el cual sus típicas luces no se han atravesado todavía de fulgores dramáticos.

Como pintores de escuela flamenca se hallan representados Teniers, Van Dyck Peter Neefs, Brueghel de Velours, Rycert.

Otra de las aportaciones más brillantes de este Museo es la colección de pintura inglesa, una de las más ricas del mundo. Todos los grandes maestros se hallan representados. Gainsborough, Romney, Reynolds, Cotes, Hoppner, Lawrence, Etty, son autores de preciosos retratos, con esa distinción y esa coloración enojada y brillante, típica de esta escuela. De los promotores del impresionismo, de Constable y Turner, se exponen paisajes con la pincelada ya alada y viva que ha de sugerir el gran movimiento francés. Dentro de este siglo XVIII mencionemos los cuadros venecianos de Guardi—en dos estupendos paisajes—y los retratos de Tiépolo. De pintura española de este siglo se destacan los Paret y los Maella.

La sala dedicada a Goya presenta cuadros esenciales para estudiar las diversas facetas del arte de este maestro tan complejo. Desde una de sus primeras obras—El Descendimiento de Cristo, pintado en 1772 para el palacio de Sobradiel, en Zaragoza—hasta lienzos del período de Burdeos. Mencionemos el boceto de La Era, precioso, miniado, con primor esmaltado, los dos cuadritos de temas brujescos, pintados en 1798, para los Duques de Osuna; el retrato del P. La Canal. En una Sala se exponen cuadros muy selectos del siglo XIX. Retratos excelentes de Vicente López, como el del Canónigo Liñán, de Alenza, de Madrazo—el de la poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda—de Luis de Madrazo... Y como muestra del arte tan dinámico y nervioso de Lucas dos lienzos muy expresivos de su pintura, tan representativa del impresionismo español.

He aquí una visión demasiado esquemática de las riquezas de este Museo que tanto ha acrecido al patrimonio artístico español. El proclama la vocación de belleza, la riqueza de aficiones y la grandeza de espíritu de su donante, don José Lázaro Galdiano.